

guin; mas por hoy ya he corrido demasiadas aventuras. Qué fusilería más horrible!»

—En efecto, creo que será mejor que les espere aquí,—añadió en voz alta.

Veinte minutos después el general estaba de vuelta con sus ayudantes, entre los cuales estaba el *junker* barón Pest, pero á Praskukhin no se le volvió á ver. Los campamentos habían sido otra vez ocupados por los nuestros.

Después de haber recibido reseñas detalladas de la batalla, Khalugin y Pest salieron del blindaje.

X

—Tenéis el capote manchado de sangre; os habéis batido al arma blanca?—le preguntó Khalugin.

—Oh! esto es terrible, no podéis llegar á imaginároslo...

Y Pest púsose á contarle cómo él condujo la compañía, cómo había muerto el comandante, del modo cómo había matado á un francés y cómo sin más ni más todo se había perdido.

Las grandes líneas de lo por él explicado, la muerte del comandante de la compañía y la del francés muerto por Pest, eran exactas, pero en cuanto á los detalles, el *junker* procuró aumentarlos en todo lo que pudiera glorificarle.

Si se alabó demasiado quizás fué involuntariamente, porque durante todo el combate se encontró como si le envolviese una niebla que le sumergiera en la inconciencia, hasta tal punto, que todo lo que pasó le parecía hacer ya tiempo que había sucedido. Era, pues, natural que procurara presentar los detalles de aquella jornada lo más favorables para él. Pero nosotros expndremos las cosas tal y cómo sucedieron.

El batallón á que el *junker* fué designado para tomar parte en la salida, durante dos horas aguantó el fuego enemigo detrás de un muro; después el comandante del batallón, que se hallaba al frente, pronunció algunas palabras; los comandantes de las compañías repitieron la orden, el batallón movióse, salió del parapeto y adelantando cien pasos se detuvo y formóse en columnas por compañías.

A Pest le ordenaron que se mantuviese en el flanco derecho de la segunda compañía.

No dándose cuenta ni del lugar en donde estaba ni el por qué de aquella salida, el *junker* ocupó su puesto y reteniendo involuntariamente el aliento mientras que un glacial escalofrío recorría su espalda, inconscientemente miró hacia la lejana oscuridad previendo algo terrible entre aquella sombra. No es que sintiera miedo, puesto que no se ofan los disparos de la fusilería enemiga, era más bien una sensación de extrañeza al pensar que se hallaba fuera de los fuertes y en pleno campo. De nuevo el comandante del batallón, que continuaba al frente, pronunció algunas palabras; los oficiales se miraron y cuchicheando transmitieron las órdenes que se les acababa de dar y súbitamente el negro lienzo que formaba la primera compañía se bajó: había recibido la orden de tenderse en el suelo, la segunda la imitó y al hacerlo Pest hirióse la mano con un espino.

Sólo el comandante de la segunda compañía se mantuvo en pie; su pequeña figura, con el sable tendido, que agitaba sin cesar de hablar, movíase delante de la compañía.

—Hijos míos! Atención! Sed valientes como yo! No disparéis los fusiles, abordemos á estos canallas con las bayonetas! Cuando yo grite *hurra!* seguidme todos, que nadie recule... Manteneos apretados, unidos. Nosotros, aunque nos hagamos visibles, no caeremos en el fango. Ea! hijos míos, por el Zar, por nuestro padre!

—Cómo se llama nuestro comandante?—preguntó Pest al *junker* que estaba tendido á su lado.—Es todo un valiente!

—Sí, en la batalla siempre es igual, se llama Lisinkovsky,—respondió el *junker*.

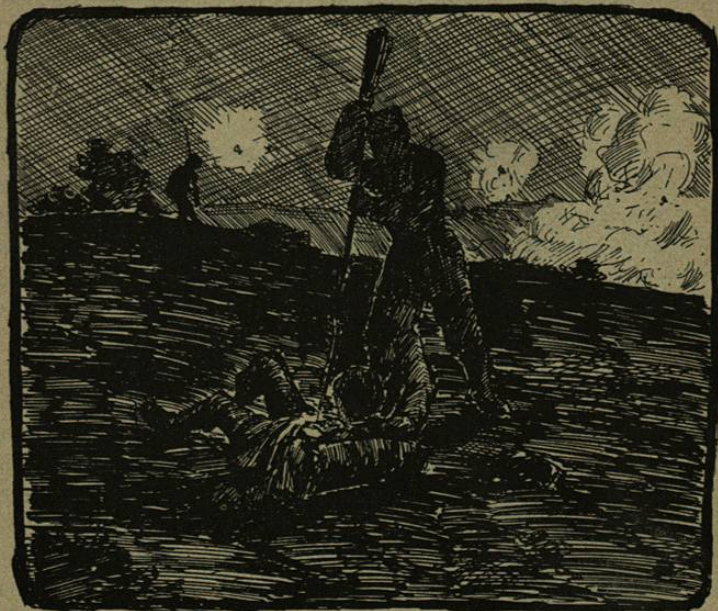
En este momento, delante de la compañía, brilló de súbito una llamarada seguida de un estallido que ensordeció á toda la compañía. Arriba, en el espacio, volaron las piedras y los cascos de una bomba tirada desde el punto de elevación y el hecho de caer tan cerca de la compañía probó que los franceses habían visto ya la columna; una de las piedras caídas de lo alto destrozó la pierna de un soldado.

—Ah! lanzad bombas! Pero dejadnos acercar un poco á vosotros y entonces, malditos! probaréis la bayoneta rusa!—exclamó en alta voz el jefe de la compañía, de modo que el comandante del batallón le mandó á decir que se callara y no metiera tanto ruido.

Después de esto, la primera compañía levantóse, luego la segunda y el batallón, recibida la orden de bajar las armas, púsose en marcha. Pest, lleno de pavor, ni se dió cuenta del tiempo que

hacía que marchaba, ni del lugar en que se encontraba, ni de lo que había hecho. Marchaba como un hombre borracho. De súbito brillaron miles de fogonazos por todos lados, algo silbó á su alrededor. Gritó y enfurecióse porque sí, puesto que todos gritaban y enfurecíanse. Enseguida tropezó con un bulto y cayó... era el comandante de la compañía que, marchando al frente de la misma, había caído herido y tomando al *junker* por un francés, lo cogió por la pierna; cuando el *junker* desasíó su pierna y levantóse, detrás de él y de entre la oscuridad, salió un hombre que de nuevo le hizo caer. Otro gritó: «Mátalo! quién es ese que tienes aquí!» Entonces cogió su fusil y hundió la bayoneta en algo muy blando.

Ah! Dieu! gritó una voz terrible, penetrante; entonces Pest comprendió que había muerto á un francés. Un sudor frío inundó su



cuerpo, tembló como si se hallara sobrecogido de fiebre y tiró con violencia el fusil. Esto fué cosa de pocos momentos, pues al instante le vino á la mente que había estado hecho un héroe, cogió de nuevo el fusil y uniendo sus gritos á los de la multitud, gritó: Hurra! y huyó de prisa del francés muerto por él. Veinte pasos más allá

estaba la trinchera; allí se defendían los nuestros con los comandantes de los batallones al frente.

—Acabo de matar á un francés!—dijo al comandante del batallón.

—Bravo, barón,—le contestó el comandante.

—Sabéis que Praskukhin ha muerto?—dijo Pest acompañando á Khaluguin que se volvía á su casa.

—Es posible?

—Seguro, yo mismo lo he visto.

—Adiós, llevo prisa.

«Estoy muy contento, pensaba Khaluguin andando hacia su posada, por la primera vez desde que estoy en el servicio he sido afortunado; una hermosa batalla y... estoy sano y salvo. Las promociones serán soberbias, seguramente se me concederá la espada de oro; después de todo, méritos he hecho para ello».

Habiendo contado al general todo lo acaecido, fué á su aposento donde le esperaba, leyendo un libro que halló sobre la mesa, el príncipe Galtzine, ya de retorno de su excursión.

Con gran placer Khaluguin se sintió en su casa lejos del peligro, cambió de ropa, poniéndose la camisa de dormir, abrigóse y se metió en cama y entonces empezó á contar á Galtzine todos los detalles del combate, de un modo natural, pero procurando que en esos mismos detalles se destacara que él había sido un oficial activo y valeroso, aunque le parecía inútil hacerlo observar, pues todos lo sabían y nadie tenía derecho ni motivo para ponerlo en duda, salvo quizás el difunto capitán Praskukhin, quien á pesar de considerar como una dicha el poder pasearse del brazo de Galtzine y de Khaluguin, la vigilia había contado á un amigo que Khaluguin era un buen muchacho; pero que, dicho sea en secreto, no le gustaba mucho ir á los bastiones.

Así que Praskukhin, caminando al lado de Mikhailov, se había separado de Khaluguin y se había acercado á sitios menos peligrosos, empezó á sentirse renacer; pero en aquel mismo momento percibió detrás una llama que brillaba con claridad siniestra y oyó al centinela gritar: «Mor... tero!» y las palabras de uno de los soldados que decía: «Caerá precisamente en el bastión».

Mikhailov se separó un poco. La llamarada clara de la bomba parecía haber llegado al punto culminante y en esta posición es imposible adivinar la dirección que tomará al caer. Mas, esto sólo duró un momento, la bomba cayó cada vez más rápida, de suerte

que podían verse las chispas que lanzaba el tubo y se oía ya el fatal silbido encima mismo del batallón.

—A tierra!—gritó una voz.

Mikhailov y Praskukhin se tendieron en el suelo. Praskukhin, cerrando los ojos, había visto solamente que la bomba caía allí muy cerca, entre los soldados... Pasó un segundo que le pareció una hora; la bomba no había estallado aun. Praskukhin estaba espantado; pero quizás sentía miedo por nada, quizás la bomba había caído más lejos aunque él se había tendido creyendo oír silbar el tubo á su lado. Abrió los ojos y vió con placer que Mikhailov estaba tendido é inmóvil también á sus pies, pero al mismo tiempo sus miradas se encontraron con el tubo de la bomba que brillaba muy cerca de él.

El terror glacial que domina todo sentir y ahoga todo pensamiento se apoderó de él, y con las manos cubrióse el rostro.

Otro segundo transcurrió aun; otro segundo durante el cual un mundo de pensamientos, de esperanzas y de recuerdos atravesaron su imaginación.

«Quién morirá, yo ó Mikhailov? Quizás los dos! Si muero yo, dónde recibiré la herida? En la cabeza? Entonces todo ha concluído; pero si quedo herido de la pierna, me la cortarán, mas yo pediré que me operen con el cloroformo... Entonces podré, cuando quiera, marcharme de este mundo. Quizás muera solamente Mikhailov! Entonces podré contar á los demás cómo marchábamos el uno al lado del otro, de qué manera fué muerto él y yo quedé todo cubierto de sangre. No, está más cerca de mí... de mí...»

Al llegar á este punto de sus pensamientos recordó que aun debía doce rublos á Mikhailov, recordó otra deuda contraída en San Petersburgo y que debía haber satisfecho hacía tiempo.

Un motivo de canción gitana que había cantado la noche anterior acudió á su mente. La imagen de su amada, cubierta la cabeza con una cofia con cintas lila, reemplazó al anterior pensamiento. Recordó luego á un hombre que le había ofendido y del cual no se había vengado y al mismo tiempo que todos esos pensamientos y muchos otros recuerdos, no le abandonaba la idea del presente, la atención fija en la muerte que le parecía estar junto á él. «Aun podría ser que no estallase», pensaba, y, terriblemente resuelto, quiso abrir los ojos, mas en el mismo momento, á través de sus cerrados párpados, la roja llamarada hirió su vista. En medio de un estrépito terrible algo le hirió en el pecho. Levantóse echando á correr sin dirección fija y enredándose con su sable cayó cuán largo era.

«Gracias á Dios, solamente me ha herido», fué su primer pensamiento; quiso llevar sus manos al pecho, mas sus manos le pareció que las tenía atadas, y que un tornillo oprimía su cabeza. Los soldados iban pasando por delante de él é inconscientemente contó: Uno, dos, tres soldados y un oficial. Después un fogonazo brilló ante sus ojos y se preguntó con qué habían tirado, con ametralladora ó con cañón? probablemente con cañón... y aun seguían tirando, y aun más soldados: cinco, seis, siete soldados pasaron por encima de él. De pronto sintió el miedo de ser aplastado por ellos, quiso gritar que sólo había recibido una pequeña herida, mas su garganta estaba seca y su lengua pegada al paladar no transmitió su voz, una sed horrible empezó á torturarlo. Como si su pecho estuviera mojado sintió entorno de él como una sensación de humedad. Esto le recordó que podía ser agua y quiso beber de esta agua... «Es probable, pensó, que al caer lo haya hecho sobre un charco de sangre» y otra vez volvió á temer el ser aplastado por los soldados que corrían junto á él; reunió todas sus fuerzas y quiso gritar: «Levantadme!» pero en lugar de gritar gimió horriblemente, de tal modo, que él mismo se asustó. Luego dos puntos rojos brillaron ante su vista, y le pareció que los soldados le cubrían de piedras. Los fuegos brillaban ya más de tarde en tarde y las piedras que le habían puesto encima le oprimían cada vez más; hizo un supremo esfuerzo para apartarlas, estiróse y dejó de ver y de sentir... Había muerto, herido por un casco de bomba recibido en mitad del pecho.

XI

Mikhailov, al percibir la bomba se tiró al suelo y cómo Praskukhin reflexionó y sintió multitud de cosas horribles durante los dos segundos que la bomba, girando sobre sí misma, tardó en estallar; rogaba á Dios y mentalmente repetía: «Sea hecha tu voluntad! Mas por qué entré en el servicio militar y luego en la infantería para tomar parte en esta campaña? Mucho mejor fuera que no me hubiese movido de los Hulanos de T... pasando el tiempo con mi amada Natalia, mientras tanto que ahora!...» Entonces empezó á contar uno, dos, tres, cuatro, diciéndose que si la bomba estallaba

en los números pares saldría vivo del trance y si en los impares sería muerto. «Todo ha concluído, muerto», pensó cuando la bomba estallaba; aunque seguramente no recordó si estaba en el número par ó impar. Sintió un golpe y un dolor horrible en la cabeza. «Dios mío, perdóname mis pecados», exclamó juntando las manos. Levantóse y aturdido volvió á caer otra vez.

Su primera sensación al volver en sí fué la sangre que le manaba de la nariz y el dolor en la cabeza que iba siendo ya más débil: «Esto es que el alma se va, cómo es lo del *más allá*? Oh! Señor, recibid mi alma en paz. Lo que me asombra, pensó, es que si es éste el momento de morir, distinga tan claramente los pasos de los soldados y el ruido de sus golpes y de las voces».

—Traed la camilla... eh!... El capitán está muerto,—gritó cerca de su misma cabeza una voz que reconoció ser la del tambor Ignatiev.

Luego sintió que le cogían por los hombros, ensayó el abrir los ojos y vió encima de su cabeza el cielo azul oscuro, los grupos de estrellas y dos bombas que volaban por encima de él y se juntaban... Distinguió luego á Ignatiev, á los soldados con la camilla y los fusiles, la muralla, la trinchera y enseguida comprendió que era aun de este mundo.

Una piedra le había ligeramente herido en la cabeza. Su primer movimiento fué casi de pesar, se había preparado tan bien y tan tranquilamente para emprender su viaje al más allá que estaba desagradablemente impresionado por el retorno á la realidad, á las bombas, á las trincheras, á la sangre. Su segunda impresión fué la alegría inconsciente de hallarse aun vivo, y la tercera el deseo vivísimo de abandonar á toda prisa el bastión. El tambor le vendó la cabeza con un pañuelo y cogiéndole del brazo lo conducía á la ambulancia.

«A dónde vamos por aquí? pensaba el capitán ayudante cuando se hubo rehecho un poco, mi deber es estar con la compañía y no irme antes de que haya cesado el fuego», murmuró con voz débil.

—Es inútil, querido,—dijo apartando la mano del caritativo tambor.—Yo no voy á la ambulancia, me quedo con la compañía, —y volvió sobre sus pasos.

—Valdría más que antes se hiciera curar bien, Señoría,—dijo Ignatiev.—Esto sucede siempre, en el primer momento parece que no es nada, mas luego puede empeorarse el mal. Fíjese como el combate es más fuerte aquí, precisamente, Señoría.

Mikhailov detúvose un momento indeciso, pareciéndole que lo mejor sería seguir los consejos de Ignatiev; pero recordó que en la ambulancia había muchos otros heridos más graves que él y que

quizás los médicos se reirían de su herida, y á despecho de los argumentos del tambor, decidióse á volver á la compañía.

—Dónde está el oficial de órdenes, Praskukhin, que marchaba á mi lado?—preguntó al sub-teniente que mandaba la compañía.



—Yo no lo sé... me parece que ha muerto,—respondió con negligencia el sub-teniente.

—Muerto ó herido? Cómo no lo sabéis? Si estaba junto á mí, por qué no lo habéis levantado?

—Cómo podía yo cuidarme de ello cuando el combate arreciaba más que nunca?

—Ah! Cómo, pues, Mikhail Ivanovitch,—exclamó irritado Mik-

hailov,—cómo abandonarle así si está vivo? O á lo menos, si ha muerto, haber hecho levantar su cadáver.

—Cómo vivo! Si os digo que me he acercado á él y le he visto con mis propios ojos,—contestó el sub-teniente.—Excusadme, pues apenas si podía conducir á los míos,—añadió.—La canalla! ya empiezan otra vez el cañoneo...

Mikhailov se sentó y llevó ambas manos á la cabeza, que le hacía sufrir horriblemente.

—No, es absolutamente necesario ir á buscarlo, pueda que aun esté vivo,—dijo Mikhailov.—Este es nuestro *deber*, Mikhail Ivanovitch.

Mas éste no contestó.

«He aquí, no lo han recogido antes y ahora, cómo enviar allí á los soldados solos... y cómo ir? Bajo ese fuego terrible pueden morir todos en vano... lo mismo que aquí», pensó Mikhailov.

—Muchachos, es necesario volver allá y recoger al oficial que está herido dentro del foso,—exclamó con voz no muy alta ni imperiosa, pues comprendía cuán desagradable sería á los soldados cumplir aquella orden. En efecto, como él no se dirigió á ninguno en particular, nadie se adelantó á ejecutarla.

«Verdaderamente, puede ser que ya esté muerto y no vale la pena de exponer á estos hombres en una aventura inútil. Yo solo soy el culpable de no haberme ocupado de él, por lo tanto, yo mismo iré á ver si está vivo ó muerto, éste es mi deber», díjose Mikhailov.

—Mikhail Ivanovitch! Conducid vos la compañía, ya os alcanzaré.

Y reteniendo con una mano su capote y sosteniendo con la otra una pequeña imagen de San Mitrofan, en la cual tenía una fe particularísima, echó á correr trinchera abajo.

Convencido ya de que Praskukhin estaba muerto, Mikhailov, sofocado y sosteniendo con una mano el vendaje que se le había caído de la cabeza, que ya empezaba á hacerle sufrir mucho, volvió sobre sus pasos. Cuando se juntó al batallón, éste estaba ya al pie de la colina, cerca de la plaza, casi fuera de tiro. Digo casi fuera de tiro, porque aun algunas bombas extraviadas caían allí. «Al fin y al cabo será necesario que mañana me haga inscribir en la ambulancia», pensaba el capitán ayudante, mientras que un enfermero que acababa de ser llamado le hacía una cura.

XII

Dos centenares de cadáveres humanos, fríos, ensangrentados, de hombres que dos horas antes estaban llenos de esperanzas y de deseos, grandes ó pequeños, rígidos los miembros, yacían en el valle florido, cubierto de rocío, que separaba al bastión de la trinchera y sobre el duro suelo de la capilla mortuoria de Sebastopol. Dos centenares de hombres, los unos vociferando, los otros elevando plegarias con los labios secos, se arrastraban y gemían, unos entre los cadáveres del florido valle, otros en las camillas, sobre los lechos de campaña ó en el mismo suelo de la ambulancia. Y lo mismo que los días anteriores, el fuego del entusiasmo se inflamaba sobre la montaña Sapun, las estrellas centelleaban, la blanca niebla, alzándose del mar agitado, sombrío, se dispersaba, la rosada aurora asomaba por Oriente, las nubes alargadas, rosáceas, se desvanecían en el horizonte azul claro y, lo mismo que los días anteriores, prometía á todo el mundo animado el placer, la felicidad y el amor, mostrándose potente y hermosa la antorcha del día.

XIII

Al día siguiente, por la noche, la música del regimiento de cazadores tocaba de nuevo en el paseo y de nuevo los oficiales, los *junkers*, los soldados y las jóvenes con sus vestidos de fiesta se paseaban alrededor del kiosco y por las alamedas de acacias blancas, floridas y perfumadas.

Khalugin, el príncipe Galtzine y un coronel, marchaban de bracero hablando del combate del día anterior. El objeto principal de la conversación, como casi sucede siempre en estos casos, no era el combate precisamente, sino la participación que envanecidos se atribuían en el mismo los que lo narraban. Las caras y

las voces tenían todas una expresión seria, casi triste, como si las pérdidas de ayer pesaran fuertemente sobre cada uno y le entristecieran, aunque en verdad, casi ninguno de ellos había perdido á parientes ó amigos; por lo tanto, esta expresión de tristeza no era otra cosa que una expresión *oficial* que creían de su deber tomar. Khalugin y el coronel, al contrario de los demás, bien que fuesen más valientes ó quisiesen parecerlo, se decían dispuestos á presenciar cada día un combate parecido al de ayer para ganarse el sable de oro y el título de Mayor general. A mí me gusta oír tratar de monstruo al conquistador que, por ambición personal, llevó á morir á miles de hombres; pero, interrogad con conciencia al sub-teniente Petruhov, al teniente Aulonov y á muchos otros, y veréis que cada uno de ellos es un pequeño Napoleón, un pequeño monstruo que seguramente librarían una batalla, matarían á un centenar de hombres sólo por recibir otra estrella ó una pequeña indemnización pecuniaria.

—No, perdonad,—decía el coronel—el combate empezó por el flanco izquierdo, *allí estaba yo...*

—Puede ser,—respondió Khalugin.—*Yo estuve ya antes en el flanco derecho, había ido allí por dos veces: la primera, para ver al general, y la otra para vigilar los campamentos. Estaba aquello horroroso.*

—Sí, seguramente, Khalugin lo sabe,—dijo el príncipe Galtzine al coronel.—Sabes tú que hoy me ha dicho B... que has estado hecho un valiente?...

—Mas las pérdidas... oh! fueron terribles!—exclamó el coronel.—*Sólo en mi regimiento cuatrocientos soldados han muerto, de modo que es asombroso que yo haya podido escapar vivo.*

En este momento, al otro lado del paseo y saliendo al encuentro de estos señores, se presentó Mikhailov con la cabeza vendada.

—Qué, estáis herido, capitán?—le preguntó Khalugin.

—Sí, un poquitín, una piedra...—respondió Mikhailov.

—De modo que el pabellón está cerrado ya?—preguntó el príncipe Galtzine, mirando la gorra del capitán ayudante y sin dirigirse á nadie en particular.

—No, aun no,—respondió Mikhailov en francés para demostrar que sabía un poco esta lengua.

—Esto indica que el armisticio dura aun,—dijo Galtzine dirigiéndose á él en ruso, dándole á entender con eso que comprendía le sería difícil hablar en francés y que, por lo tanto, no *valía* para ellos, simplemente. Así lo comprendió el capitán ayudante, pues muy pronto los ayudantes de campo se alejaron de él.

Como la víspera, el capitán ayudante se encontró de pronto aislado, y después de haber saludado á diversas personas, unas con quienes ni deseaba relacionarse y otras con las que no osaba hacerlo, se sentó junto al monumento de Kazarski á fumar un cigarrillo.

El barón Pest estaba también en el paseo y allí contaba que él se había hallado en el acto de convenirse el armisticio y que había conversado con los oficiales franceses; que un oficial francés le había dicho que si no se hubiese hecho de día tan pronto, la batalla hubiera continuado aun, á lo que él había respondido: *Monsieur, yo no digo que no, para no daros un mentís. Y que luego le había dicho esto y aquello...*

En realidad, aunque él había estado presente en el armisticio, no podía decir nada de particular, á pesar de haber intentado varias veces hablar con los franceses, lo que le hubiera gustado mucho. El *junker* barón Pest, anduvo largo rato de unos á otros, preguntando á los soldados y oficiales franceses: «De qué regimiento sois?» pero nadie le contestaba. Y al traspasar la línea, el centinela francés, que no se imaginaba que nuestros soldados comprendiesen su lengua, le injurió en tercera persona: *Viene á ver nuestros trabajos, maldito ruso...*

Por fin, y no hallando más entretenimiento en el lugar del armisticio, el *junker* barón Pest se volvió á su posada y, ya en el camino, inventó las frases francesas que se complacía en repetir.

En el paseo encontró al capitán Lobov, que estrechó calurosamente su mano, al capitán Objogov, el difamador, á un capitán de artillería que á nadie buscaba y al *junker* afortunado en amores, es decir las mismas personas de la víspera con sus mismos y eternos móviles. Faltaban sólo Praskukhin, Neferdov y algunos otros, en quienes apenas nadie pensaba siquiera, aunque sus cadáveres estaban todavía insepultos.

XIV

Las banderas blancas flotaban sobre nuestro bastión y sobre la trinchera francesa, y en el florido valle yacían, descalzos y envueltos en capotes grises ó azules, los cadáveres mutilados que

los enfermeros levantaban y colocaban en los carros. El hedor cadavérico llenaba el aire. De Sebastopol y del campo francés una muchedumbre de gente y de soldados iba á ver este espectáculo y con ávida curiosidad y benévolamente se acercaban los unos á los otros.

Escuchad lo que decían esas gentes.

Allí está un joven oficial rodeado por un pequeño círculo de rusos y de franceses; se expresa mal en esa lengua, pero hace lo posible para hacerse entender; está examinando la cartuchera de un soldado de la guardia.

—Por qué lleva aquí este hermoso pájaro?

—Porque esta es la cartuchera de un regimiento de la guardia, que lleva como distintivo el águila imperial.

—Y vos, sois también de la guardia?

—No señor, soy del 6.º de línea.

—Y esto, dónde lo habéis comprado?—pregunta el oficial señalando una boquilla de madera amarilla con la cual el francés está fumando un cigarrillo.

—En Balaclava, señor! Es muy sencilla, es de madera de palma.

—Es muy linda,—contesta un oficial que sigue la conversación muy atento.

—Si queréis, guardadla como un recuerdo de este encuentro, creed que os quedaré muy obligado.

Y el francés, muy cortésmente, sopló el cigarro y ofreció la boquilla al oficial acompañando la actitud de un leve saludo. El oficial en cambio le dió la suya y todos los rusos y franceses presentes aplaudieron encantados tanta cortesía.

Allá va un bravo soldado de infantería con camisa encarnada, el capote echado á la espalda, acompañado de otros dos soldados, que, con las manos á la espalda y los rostros alegres y curiosos, le siguen algo atrás. Se acerca á un francés y le pide fuego para encender su pipa, el francés enciende y da lumbre al ruso.

—Tabaco *bonne*,—dice el soldado de la camisa encarnada.

—Sí, buen tabaco, tabaco turco,—responde el francés;—y en vuestro país, tabaco ruso, es bueno?

—*Russe bonne*,—dice el soldado de la camisa, y todos los presentes se echan á reír. —*Français, non bonne; bonjour monsieur!*—continúa el soldado de la camisa colorada, soltando de una vez toda su provisión de palabras francesas, y riéndose golpea al francés en el vientre. Los franceses entonces le acompañan también de buena gana en la risa.

—Son muy alegres esos... rusos!—dice uno de los soldados del grupo francés.

—Pues, de qué se rien?—exclama uno muy moreno, con acento italiano, acercándose á los nuestros.

—*Capitán bonne*,—dice el valiente soldado de la camisa, examinando el caftán bordado del zuavo, y de nuevo todos se echan á reír.

—Que nadie traspase la línea! A vuestros puestos, *sacré nom!*—grita el cabo francés y todos los soldados, visiblemente descontentos, se dispersan.

Más allá, en un círculo que forman algunos oficiales franceses, está hablando un joven oficial ruso de caballería; un oficial francés, que ostenta una gran charretera, le pregunta por un cierto conde Iazonoff, á quien dice que había conocido, y añade: Es uno de esos verdaderos condes rusos, como nosotros los llamamos.

—Hay un Sazonoff á quien yo conozco,—responde el oficial de caballería,—pero no es conde, á lo menos que yo sepa; un hombre de vuestra edad, poco más ó menos.

—Este es, éste es. Oh! cuánto deseo ver á este querido conde; si vos le veis os ruego que le presentéis mis cumplimientos; habladle del capitán Latour,—añadió saludando.

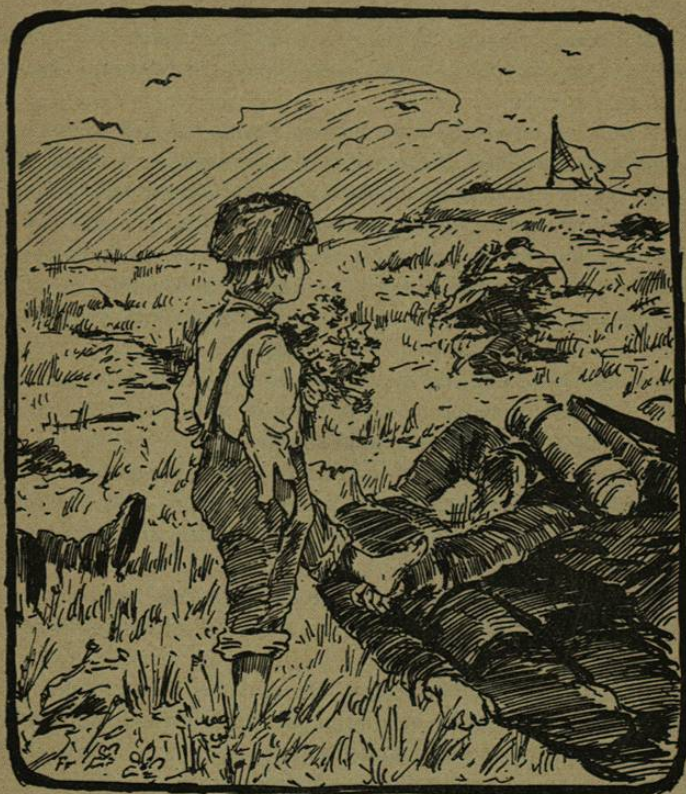
—Es por cierto cosa terrible la triste labor que estamos haciendo... Mucho lo ha sido esta noche, no es verdad?—dijo, señalando á los cadáveres, el oficial de caballería, que deseaba continuar la conversación.

—Oh! señor, de veras es horrible! Pero, qué gallardos son vuestros soldados, qué gallardos! Es un placer el batirse con tan buenos mozos.

—Pero hay que confesar que los vuestros no se quedan cortos,—contestó saludando el oficial de caballería, imaginándose haber estado gracioso en su contestación.

• Fijaos ahora en ese pilluelo de diez años, cubierto con un viejo gorro, de su padre sin duda, con los pantalones de algodón arremangados sobre sus desnudas piernas y sostenidos por unos tirantes; después del armisticio salta por encima de las murallas, paseándose por los terrenos socavados y examinando con una curiosidad estúpida á los franceses y á los cadáveres que yacen en el suelo; coge las azules flores que en el valle abundan, forma con ellas un grueso ramo y vuélvese á su casa tapándose la nariz á causa del mal olor que infesta el aire. Se detiene junto á un montón de cadáveres y se queda mirando con atención á un horrible cuerpo sin cabeza que yace cerca de él. Se queda así un rato, se acerca más

y toca con el pie el brazo extendido, rígido, del cadáver; el brazo se agita un poco, vuelve á empujarlo más fuerte y el brazo se agita de nuevo volviendo á su posición, el pilluelo lanza un grito, hunde su rostro en las flores y á toda prisa echa á correr hacia la fortaleza.



Sí, las banderas blancas flotan sobre las trincheras y los bastiones, el valle florido está sembrado de cadáveres, el bello sol se oculta en el mar azul y el mar se agita, brillando con sus rayos dorados. Miles de hombres se contemplan, se miran, hablan y se sonríen; y estos hombres son cristianos que profesan la misma grande ley de amor y de sacrificio y, sin embargo, al contemplar lo que les rodea no saben caer de rodillas ante El que, habiéndoles dado la vida, puso en el alma de cada uno, con el miedo á la muerte, el

amor al bien y á la belleza. Cómo no se abrazan todos derramando lágrimas de alegría y de bondad como á verdaderos hermanos!... Las banderas blancas son arriadas, de nuevo silban por el aire los proyectiles llevando con ellos la muerte y el sufrimiento, vuelve á correr la sangre inocente y otra vez llenan el espacio los gemidos y las maldiciones de los hombres.

He ahí que ya he dicho lo que quería decir... Pero una duda penosa me contiene. Puede que no sea conveniente; puede que lo que digo ahora no sea una de esas grandes verdades que, ocultas inconscientemente dentro del alma de cada uno, no han de expresarse jamás, para que no se pierdan como se pierde la alegría producida por el vino.

Dónde está el mal que esta verdad evita? Dónde está la expresión de la belleza que nos lleva á imitar? Quién es el malhechor aquí y quién es el héroe? Todos son buenos y todos son malvados.

Ni Khalugin, con su gran valor, valentía de gentil hombre, y con la ambición móvil de todos sus actos; ni Praskukhin, sér nulo é inofensivo, aunque ha muerto en el campo de batalla por la religión, el trono y la patria; ni Mikhailov, con su timidez; ni Pest, el hombre sin convicciones ni principios firmes; ninguno de éstos puede ser tomado por el malhechor ni por el héroe de mi cuento... Lo que yo amo con toda mi alma y que trato de mostrar á los hombres con toda su infinita belleza, es aquello que siempre fué, es y será hermoso: la Verdad.